

Consideraciones generales sobre el aprendizaje instrumental
Calidad versus Cantidad
Facilidad versus Dificultad
Soltura versus Esfuerzo

Por Juan Krakenberger ©

Un dicho frecuentemente citado dice: Tocar el violín es fácil, o imposible. Creo que esto podría hacerse extensivo a todos los instrumentos. Lo difícil no es tocar el instrumento sino hallar el camino para que sea fácil hacerlo. Parece mentira que aún hoy día haya nociones muy divergentes en cuanto al trazado de este camino, y que aún persistan escuelas con la noción bastante equivocada que este camino debe estar sembrado con obstáculos, y solamente aquellos capaces de obviar estos obstáculos serán capaces de superar sus respectivos instrumentos. Otras escuelas utilizan el miedo como acicate - un tanto tiránico - para obligar al alumno a hacer sus deberes. En determinados regímenes políticos la amenaza del cate y expulsión del centro de enseñanza que éste conllevaba eran revulsivos bastante eficaces, pero...mucho me temo que en la gran mayoría de los casos la música, o sea la finalidad de todo el ejercicio, se quedaba en el camino.

Pero comencemos por el principio. Daré un ejemplo de lo que no se debe hacer, para iniciar la andadura sobre un instrumento, y explicaré porqué: En los conservatorios elementales los novatos deben atenerse a un programa si quieren aprobar el primer año de curso. Algunos tuvieron la suerte de gozar de un año de *preparatorio* que, si fué eficazmente impartido, puede haberlos preparado para ese año. Pero muchos no tuvieron esta suerte. Aquí tenemos nuestro primer choque entre calidad y cantidad. Lo común es que un alumno que cumple con el programa puede aprobar, aún cuando la calidad con que lo demuestra sea deficiente. Este alumno probablemente ya quede condenado por vida a ser un instrumentista mediocre. Sin programa, y cuidando en todo momento la calidad, no importa cuanto tiempo esto requiere, este alumno podría *salvarse*. Lo mismo sucede en cursos sucesivos. Insistir en cantidad sobre calidad es totalmente negativo. Para qué sirve un violinista que toca un capricho de Paganini si la ejecución adolece de mala intonación y calidad sonora deficiente. El trabajo que cuesta aprender un capricho de Paganini malsonante es el mismo que se necesita para que suene bien: La diferencia entre ambos caminos es la manera como el alumno ha asimilado los ingredientes de calidad indispensables para llegar a buen fin. En los artículos precedentes hemos hablado de afinación, de técnicas para lograr una buena coordinación, y de lograr una calidad sonora adecuada. Esto son los tres ingredientes indispensables para que el concepto *calidad* le pueda ganar al concepto *cantidad*. Si no queda totalmente arraigada esta realidad incontrovertible no se han de producir músicos profesionales cabales.

¿Cómo debemos proceder para que podamos vencer las dificultades del instrumento con facilidad? No hay duda ninguna que tocar bien un instrumento es una tarea ardua y obliga a un entrenamiento prolongado, que requiere mucha

paciencia, mucha perseverancia, y un profundo amor a la música. Los últimos avances en materia pedagógica se centran sobre dos caminos: Uno que podríamos llamar *deportivo* y otro que llamaremos *psicológico*. Últimamente se tiende a comparar el aprendizaje de un instrumento con la práctica de deportes punta, de alta competencia. Esta comparación es bastante atinada. Son músculos que intervienen para tocar un instrumento, y de la eficacia de funcionamiento de éstos músculos ha de depender el resultado. Por ello ya existen organismos que traducen técnicas de entrenamiento deportivo a técnicas de entrenamiento de músicos. Los resultados hasta ahora obtenidos prometen muchísimo. Pero no todo son movimientos en la música: Hay ritmo, afinación, fraseo, estilo, personalidad, y aquello tan mágico que cautiva al oyente, el carisma: Una especie de aura, de radiación mágica a la cual todo músico aspira. ¿Cómo hacer para dominar todo esto?

Aquí nos toca a examinar el camino *psicológico*: Según los últimos adelantos en materia pedagógica se parte de que el ser humano tiene maravillosas capacidades para dominar un instrumento musical. Se ha medido el número de neuronas de un consumado violinista y se ha comparado éste número con las de un peón. La diferencia es notable, sobre todo en determinadas áreas del cerebro. Resulta pues evidente que un estudio del instrumento bien encauzado trae aparejado un enriquecimiento de nuestra capacidad cerebral. Por ello muchos estamos convencidos que dentro de pocos años serán los neurólogos que dirán a los pedagogos instrumentales cuales de los ejercicios que se proponen son eficaces y cuales no. Pero hay un aspecto aún más importante: Si los seres humanos tenemos dotes tan maravillosas ¿cómo se explica que tan pocos llegan a ser consumados maestros?

Aquí se abre un horizonte algo misterioso pero totalmente lógico: No se trata tanto de trabajar como un condenado en superar los escollos, sino más bien de remover estos escollos. O sea, no agregar tarea sobre tarea, sino restar lo que se opone. Fué muy recientemente que algo así me pasó con una alumna avanzada: Un pasaje difícil fue ejecutado con esfuerzo que implicaba una postura agresiva del cuerpo. El resultado no sonó demasiado bien. Obligué a la alumna que mantuviera su postura correcta y que repitiera el pasaje sin agresividad: Pudo hacerlo, pero con la diferencia que ésta vez sonó bien y, ¡Milagro! le pareciera más fácil. Al restar un escollo - un cuerpo no bien dispuesto a afrontar una dificultad - llegamos más lejos que trabajando afanosamente para superar dicha dificultad. De eso se trata: Aprovechar al máximo las facultades naturales que poseemos, eliminando todo aquello que se opone al libre juego de dichas capacidades. Es así como se gana la batalla de la *facilidad* sobre la *dificultad*.

En rigor, nuestro tercer título **Soltura versus Esfuerzo** es la resultante de todo lo que antecede. La palabra española *soltura*, en toda la riqueza de sus acepciones, es perfecta para la enseñanza instrumental. Músculos sueltos, cuerpo suelto, mente suelta, soltura también en presencia y actitud. El esfuerzo debe pues ser el vehículo que conduce hacia esa soltura, no una meta intrínseca.

